



UNIVERSIDAD DE
COSTA RICA

VAS

Vicerrectoría
de Acción Social



Viviendo la solidaridad

Acercamientos a la economía solidaria
desde movimientos sociales en Costa Rica

A las siguientes personas que participaron en el curso aportando desde sus experiencias y sentipensares al contenido de este cuadernito:

Angela Lozano Lorza
Camila Marín Guzmán
Carmen Díaz Castro
Deyanira Torres Varela
Emma Chacón Alvarado
Iria Herrera Murillo
Jeisson Olarte Cano
Jimmy Céspedes Rizo José
Pablo Hernández González
Kattia Cruz Espinoza

Leo Arias Fonseca
Lucrecia Cerdas Chaves
María Irene Cano Galeano
Natalia Serrano Álvarez
Priscilla Bogantes Mora
Rafael López Alfaro
Ronald Corrales León
Rosemary López Pérez
Viviana López Molina

A la Asociación de Productores y Consumidores Orgánicos de Costa Rica (APROCO), a la Asociación de Mujeres Agroindustriales de San Luis de Grecia (ASOMAG), a la Asociación de artesanas y artesanos indígenas Chieton Moren, por aportar con su experiencia a nuestro proceso de aprendizaje.

A Óscar Jara Holliday y Luis Sanabria Zaniboni quienes nos acompañaron desde la formulación, hasta la finalización de este curso y este cuadernito.

Al equipo de la Vicerrectoría de Acción Social que hizo posible la realización del curso y el diseño y diagramación del cuadernito.

Coordinación de diseño: Maureen Rodríguez Cruz

Diagramación: Rosslyn Sánchez Mora. Ilustración: Diana Mora Brenes.

Autoras:

Yasy Morales Chacón. Eva Carazo Vargas.

“Pensamos que el conocimiento crece cuando se comparte. Por eso este material está protegido con una licencia Creative Commons, puede utilizarse libremente siempre que se cite la fuente original y que los materiales derivados se compartan bajo las mismas condiciones”

334

M828v Morales Chacón, Yasy.

Viviendo la solidaridad : acercamientos a la economía solidaria desde movimientos sociales en Costa Rica / [autoras Yasy Morales Chacón, Eva Carazo Vargas]. – [San José, Costa Rica] : Universidad de Costa Rica, Vicerrectoría de Acción Social, Centro de Estudios y Publicaciones Alforja, [2019?].

55 páginas : ilustraciones a color

Autores tomados de preliminares

ISBN 978-9930-568-03-3

1. ECONOMIA – ASPECTOS SOCIOLOGICOS. 2. COOPERACION. 3. SOLIDARIDAD. 4. MOVIMIENTOS SOCIALES – COSTA RICA.

I. Carazo Vargas, Eva, autora. II. Título.

CIP/3379

CC.SIBDI.UCR



Contenidos

Presentación	6		
Entendiendo la Economía Social Solidaria	8	En-redarse para moverse en colectivo	40
Intercambios solidarios: movilizando energías	18	Cultura, diálogo de haceres y saberes	44
Hacia la justicia ecológica y un consumo consciente	27	Una educación que parte de la gente	49
Economía feminista trabajos que re-producen la vida	33	Movilizar la transformación de la realidad	54

Presentación

El Centro de Estudios y Publicaciones Alforja, desde su Área de formación para la conciencia socio-ecológica y la identidad cultural y en el marco de su participación en el Grupo de Trabajo sobre Economía Solidaria del Consejo de Educación Popular de América Latina y el Caribe (CEAAL) y el Programa de Desarrollo de la Economía Social Solidaria (PROESS) de la Vicerrectoría de Acción Social de la Universidad de Costa Rica ofrecieron en el 2017 un “Curso de Formación sobre Economía Social Solidaria para movimientos sociales” como un esfuerzo conjunto para articular conocimientos y experiencias a nivel nacional e internacional de Economía Social Solidaria del PROESS, con experiencias, metodologías y enfoques vinculados a la educación popular y a movimientos sociales del CEP ALFORJA.

El curso contó con la participación de personas integrantes de organizaciones y movimientos sociales muy diversos: grupos de mujeres, asociaciones administradoras de acueductos comunitarios (ASADAS), asociaciones de desarrollo, movimiento estudiantil, redes culturales comunitarias, organizaciones campesinas, sindicatos, colectivos de educación popular e intercambio de saberes,

personas migrantes y refugiadas, cooperativas, movimiento de software libre, y organizaciones por la diversidad sexual. Se ofreció a estas organizaciones con la intencionalidad de facilitar el mutuo reconocimiento y articulación de las organizaciones participantes, para fortalecer sus luchas y ampliarlas en el marco de la ESS.

Los objetivos del curso fueron:

- 1. Poner en común experiencias y saberes relacionados con la Economía Social Solidaria y enriquecerlos con aportes y discusiones teóricas y prácticas alrededor del tema.*
- 2. Propiciar una reflexión participativa que permitiera incidir en la transformación de la cultura política, ambiental y económica a partir de los principios y valores de la Economía Social Solidaria.*
- 3. Aportar a la dinamización de los movimientos de Economía Social Solidaria en Costa Rica mediante la articulación de experiencias y la movilización de iniciativas y voluntades impulsando prácticas de ESS en los territorios.*

El curso tuvo un enfoque de educación popular, tanto en su concepción de aportar a la construcción de sujetos críticos y transformadores, como en cuanto a su metodología. Se abordaron contenidos conceptuales y temáticos de forma presencial y virtual, a partir de textos y videos así como del compartir y reflexionar acerca de las experiencias de vida y de ESS de las personas participantes, de personas invitadas con experiencias de ESS en desarrollo en Costa Rica y a nivel internacional, y a través de dos giras de campo: la primera incluyó una visita a la Feria Orgánica El Trueque, la Asociación de Mujeres Agroindustriales de Grecia (ASOMAG) y la tienda de productos indígenas Chietón Morén, la segunda comprendió la participación en el “Encuentro Mesoamericano de Comunicación, Cultura y Educación Popular: Democracia, Justicia social y ecológica, aportes de una educación popular transformadora”, que se realizó en la UCR y fue organizado por el Consejo de Educación Popular (CEAAL) Costa Rica, la Red Mesoamericana ALFORJA y el CEP Alforja de Costa Rica.

Paralelamente, cada participante en el curso propuso y avanzó en distintos proyectos de investigación-acción que aportarían a procesos en desarrollo en sus colectivos o permitirían iniciarlos, y los compartieron en el marco de un conversatorio abierto titulado “¿Qué es la economía social solidaria, y cómo la construimos desde distintos movimientos sociales?” que se realizó como cierre del

curso en marco de la Feria Urbana del este en Montes de Oca. Se hizo además un esfuerzo de sistematización de la experiencia, de forma individual al finalizar el primer módulo del curso y colectivamente al concluir éste.

Este cuadernito busca ser una suerte de memoria sobre la construcción colectiva de conocimiento a lo largo de las 16 sesiones de trabajo que constituyeron esta experiencia de formación. Más que exponer exhaustivamente todos los contenidos y discusiones que se abordaron, procura recoger los principales esfuerzos de definición de conceptos y reconocimiento de prácticas de ESS que realizaron las personas participantes en el curso, buscando aportar al desarrollo de la ESS desde sus espacios de acción.

A continuación se presentan entonces algunas reflexiones compartidas acerca de la Economía Social Solidaria y el tipo de intercambios que ella permite y promueve, su estrecha relación con la justicia ecológica y las economías feministas, la importancia de la diversidad y el trabajo colectivo en la construcción de conocimientos y prácticas solidarias, así como la movilización política que se provoca a partir de la educación y comunicación popular vinculadas con los principios, valores y prácticas de la economía solidaria.

1

Entendiendo la Economía *Social Solidaria*

El ser humano no sobrevive solo; históricamente ha practicado una economía solidaria, la llamemos o no así: no es nueva, no es un experimento sin raíz, y se desarrolla en todo el mundo. Es parte de las características del ser humano como “ser social”, interdependiente de otros seres humanos. Estas prácticas económicas, sociales y culturales están centradas en las personas, su trabajo, sus capacidades y el bienestar común, no en el beneficio individual y egoísta, acumulativo de capitales y riquezas.

La ESS nos hace ir más allá de la concepción que hemos tenido tradicionalmente de la economía. No asumimos el concepto que se ve en muchos centros de estudio que la define de forma estrecha como “actividades humanas para satisfacer necesidades infinitas con recursos finitos”, ya que esa idea nos lleva a relaciones basadas en la tensión de la competencia por recursos. (además cuestionamos la tendencia del capitalismo a generarnos necesidades infinitas). Hay que tener claro que “los conceptos no son inofensivos”, nos imponen visiones y formas de comprensión de la realidad, pero además están en constante evolución y por eso tenemos que descolonizar las palabras, revisar los conceptos para volver al origen y tener muy claros los “sentipensares”.

El sistema hegemónico capitalista y patriarcal justifica “científicamente” y reproduce por medio de la educación y la cultura prácticas que benefician y producen riqueza para unos pocos, sin que importe la afectación a las grandes mayorías empobrecidas y vulnerables. Dentro de este sistema lo importante es hacer dinero, el lucro, la competencia; las acciones son guiadas por una serie de valores que -centrados en el mercado- fomentan la destrucción ambiental, la explotación y la desigualdad, el poder de unos sobre otros, y generalmente las personas más vulnerabilizadas son las mujeres, las niñas y los niños, los pueblos originarios y quienes no han logrado acumular riqueza y por lo tanto “tener éxito” según sus parámetros. La economía capitalista y patriarcal atenta contra lo ancestral, la naturaleza, las mujeres y la unión de las comunidades en todos los ámbitos.

El sistema capitalista intenta renovarse, por ejemplo, con el fomento de un “capitalismo consciente”, las “economías verdes” que buscan generar ganancias en la crisis ecológica, las “empresas sociales” que no cuestionan la posesión de medios de producción en pocas manos, o la obsolescencia programada que nos lleva a consumir irracionalmente. Sin embargo, las constantes crisis recientes expresan los límites del sistema capitalista, su incapacidad de brindar bienestar para todas las personas y su terrible impacto en los medios de vida en el planeta. Además, generan una

reacción en la gente, que muchas veces busca volver a raíces más solidarias y construye prácticas de convivencia sostenibles a largo plazo.

Las organizaciones de la ESS son experiencias de participación económica y sociopolítica, que funcionan a partir de la organización asociativa, la libre adhesión, prácticas democráticas en lo económico y lo político, la autogestión y la autonomía. La referencia a la solidaridad en el concepto no significa que no se retribuya económicamente por el trabajo realizado: todas las personas necesitamos responder a necesidades y es justo que podamos atenderlas a partir de nuestro trabajo, aunque en ocasiones algunas personas pueden trabajar voluntariamente porque tienen parte de sus necesidades cubiertas. La ESS contribuye a la generación de trabajo remunerado y así a combatir la pobreza y la desigualdad, aporta al desarrollo socioeconómico inclusivo favoreciendo una distribución más equitativa de la riqueza creada.

La solidaridad es un principio que guía en términos de cómo se produce, cómo se toman las decisiones, cómo se distribuyen los recursos y cómo nos relacionamos entre las personas y con el resto de la naturaleza. Por lo tanto, la ESS se refiere a actividades que se realizan sin fines de lucro, pero generando ingresos, basándose en otros valores diferentes a los de la economía hegemónica capitalista,



y que buscan el bienestar común: no solamente se producen cosas sino también bienestar, futuro y presente.

Otros principios y valores que guían estas prácticas, en una organización asociativa o fuera de ella, son los de la cooperación, la co-responsabilidad vinculada a la co-propiedad de los proyectos colectivos o a la convivencia en un territorio específico, el compartir, la transparencia, la equidad, la justicia, la confianza mutua, el respeto y valoración de la diversidad humana, la creatividad como motor para la organización y la producción de ideas, productos o servicios, así como el cuidado de la vida. Como se decía anteriormente, la ESS valoriza la capacidad humana de transformar realidades y responder a necesidades a partir del trabajo, sea este del tipo que sea, de forma asociativa, y basado en estos valores y principios permitiendo la complementariedad y la potencialización de los recursos y logros.

La economía social solidaria es una forma amigable, saludable y sustentable de convivir y hacer economía. Se busca estar consciente de las relaciones ecosistémicas, tener relaciones productivas que permitan regenerar la vida en los suelos, los patios, los bosques, cuidar el agua como fuente vital para la vida y la cultura comunitaria. Se trabaja revalorizando los conocimientos ancestrales y técnico científicos que permiten establecer relaciones de regeneración, más que de explotación de los ecosistemas y la vida.

Las personas que desarrollan la ESS tratan de tener más equilibrio, crean tejido social, relaciones de ayuda y beneficio mutuo, buscando instaurar una lógica de relaciones desde la abundancia que permita poner en común y a circular lo que tenemos y así no funcionar desde la escasez, que nos lleva a acumular y a temer de las otras personas. Los valores y principios que inspiran las prácticas de la economía social solidaria coinciden con los pilares de diferentes religiones o espiritualidades ancestrales, esa coincidencia se explica por ser acuerdos o reglas básicas para la convivencia y el buen vivir de seres humanos en los diversos territorios, y su práctica genera retribuciones no solo económicas sino sociales, culturales y en muchos casos espirituales. La ESS tiene

que ver con valores y creencias, con quiénes queremos ser y con qué queremos para vivir mejor como sociedad. Además, al desarrollarse la ESS se impacta en lo educativo, en la ideología, en la identidad de las personas y la cultura de las comunidades. En cada persona y colectivo posibilita que ocurran procesos de deconstrucción de la cultura hegemónica, a partir de la interacción colectiva intencionada para posicionar los valores de solidaridad, cooperación, unión, participación y co-responsabilidad como bases de nuestras relaciones socioeconómicas, contrario al sistema capitalista al que lo único que le interesa es la competencia, desplazar al otro y vivir a costa del otro para maximizar las ganancias.

Algunas definiciones de la Economía Social o Economía Social Solidaria, como la de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), plantean que la ESS son algunas formas organizativas económicas formales, es decir la definen a partir de la manera en que se organizan legalmente los grupos que la desarrollan, por ejemplo, como cooperativas. Esta definición está inspirada en la socialdemocracia y que enfatiza el concepto de “Economía Social” y su componente asociativo, sin embargo no necesariamente se aleja del sistema capitalista, ya que pueden existir iniciativas económicas grupales que sigan

operando con esa lógica de ganancia y competencia basada en la apropiación privada de la producción social.

Por eso, con el tiempo y sobre todo en América Latina y Europa las personas que practican la ESS en conjunto con actores aliados, públicos y privados, han ido generando sus propias definiciones y hablan sobre todo de “Economía Solidaria”, para enfatizar que la ESS son prácticas económicas motivadas por ciertos valores y principios comunes que son muy distintos a los del capitalismo¹.

Reivindicamos esta posición ya que la economía son prácticas humanas cotidianas, no documentos legales, y sus expresiones son cambiantes, como cambian los retos que enfrentan los grupos humanos en ese ámbito. Podemos comprender que una organización económica específica regulada por una legislación, deba de cumplir requisitos que muestren un nivel (a veces muy básico) de democracia, participación, co-responsabilidad y cooperación, o una finalidad no lucrativa, pero consideramos que las prácticas de economía solidaria no necesariamente se demuestran por esas definiciones legales, sino que pueden (y deberían) ponerse en práctica en las prácticas más cotidianas en los equipos de trabajo y en la relación con el resto de la sociedad.

Hace décadas, cuando se empezaron a valorar e institucionalizar en Costa Rica algunas prácticas de ESS a partir de leyes y la misma constitución de la Segunda República en 1949, no se hablaba aún de género, del cuidado y reproducción de ecosistemas,

1. Hablamos de “Economía Social Solidaria” en un esfuerzo por articular ambas perspectivas, sin embargo, luego de conocer esos énfasis y por el carácter político de las personas participantes en el curso, vinculadas a movimientos que buscan transformaciones estructurales, empezamos a hablar sobre todo de “Economía Solidaria”, que es el concepto que se seguirá utilizando mayoritariamente en este documento.

de la vida y nuestra biodiversidad... Pero el contexto de las últimas dos décadas ha evidenciado que todos ellos son temas centrales para el logro de sociedades sustentables, equitativas, sanas y justas. Esta economía no está determinada por una figura jurídica específica, más bien está protagonizada por personas que expresan en sus prácticas ciertos valores y principios, que más que maximizar la productividad buscan encontrar un balance para vivir bien y con comodidad, y que muchas veces trabajan colectivamente sin una figura jurídica que les reúna. Lo importante es lo que se vive, no la forma en la que institucionalmente se enmarcan las prácticas.

Al igual que en las teorías económicas clásicas y neoliberales actuales, en la ESS se reconocen los factores de producción como la tierra, el trabajo, el capital, el conocimiento y la tecnología. Pero en la ESS se reconoce y valora además lo que Luis Razeto Migliaro llama “el factor C”, una fuerza que engloba prácticas de cooperación, comunión, compañerismo, colaboración, coordinación, complementariedad, co-responsabilidad y co-contrucción. Estas prácticas permiten potencializar los aportes de las personas en los procesos productivos, cohesionar al equipo y a la vez satisfacer otras necesidades humanas poco reconocidas como la participación, el reconocimiento, el lazo social, el pertenecer y la expresión creativa.

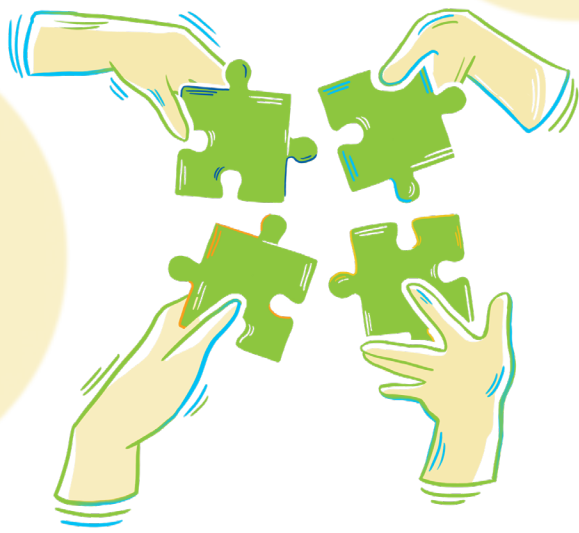
No siempre encontramos una coherencia total entre los valores y las prácticas en todos los niveles de la actividad asociativa por parte de las personas que apuestan a la economía solidaria. Hemos crecido en un sistema capitalista, y los procesos para cuestionarlo y para deconstruir nuestra cultura económica no se pueden dar de forma automática y lineal: son esfuerzos individuales y colectivos, que van a avanzando en el tiempo y desde diferentes ámbitos, según las diversas condiciones en las que trabaja cada colectivo asociado. Es una búsqueda constante para construir otra economía poniendo en práctica principios y valores de solidaridad.

*Los valores de la Economía Social y Solidaria se recogen de un desplegable de la Red de Economía Social y Solidaria Red ECOSOL (facebook: RedESS Costa Rica)



La asociatividad

como la voluntad de varias personas para impulsar un emprendimiento desde un esfuerzo común, y potenciar los aportes que cada quién puede hacer desde su propia realidad y características.



La justicia

entendida como un valor que coloca a las personas en igualdad, y que no acepta discriminación. Las instituciones también deben promover la justicia y asegurar la participación en la toma de decisiones.



Valores

La cooperación

entendida como un trabajo común, con metas definidas por todos, y todas, que integren los intereses individuales y colectivos. Los intereses de la mayoría del grupo no se imponen, la cooperación favorece los intereses de toda la comunidad.



La solidaridad

desde las aspiraciones, anhelos, sueños y esperanzas comunes. Significa reconocer a los demás como personas y no como competencia, y construir proyectos que sean solidarios también con las generaciones presentes y futuras y con el medio ambiente. También significa crear un nuevo tipo de riqueza: humana y social, es decir, reproductora de la vida.



La eficiencia social

que es mucho más que alcanzar muchos resultados con pocos recursos. Al contrario, es ampliar las posibilidades de la vida humana: que cada quien tenga lo necesario para vivir con dignidad.



La comunalidad y reciprocidad

están basadas en el poder y la capacidad de dar y recibir, en un intercambio recíproco. Frente a una dinámica de acumulación, la reciprocidad y comunalidad buscan el aprecio personal y comunitario que hace necesario distribuir lo que toda la economía produce.



ores

2

Intercambios solidarios: *movilizando energías*

Parte de las actividades que realizamos en los grupos humanos es el intercambiar conocimientos, experiencias y el fruto de nuestro trabajo, sean estos bienes o servicios. Desde la economía solidaria se generan y promueven circuitos o tejidos económicos basados en los principios y valores que sustentan la ESS, que faciliten la mutua satisfacción mediante los resultados de las relaciones económicas que se generan.

A partir del trabajo realizado por Euclides Mance, podemos afirmar que los Circuitos Económicos Solidarios integran procesos de producción, consumo, intercambio, comercialización, financiamiento, desarrollo tecnológico y humano, con el objetivo de promover el desarrollo económicamente viable, ecológicamente sostenible y socialmente justo para el buen-vivir de todas y todos. Estos se van conformando poco a poco, y no siempre integrando todas las actividades anteriormente mencionadas. Generalmente ocurren en territorios específicos, pero con los procesos de creación de redes internacionales también existen casos regionales o extra regionales.

Los circuitos económicos solidarios se basan en relaciones conscientes, lo más directas posible, entre los diferentes actores participantes de forma transparente y buscando la mutua satisfacción. Para esto es muy importante que se generen procesos educativos y reflexivos sobre consumo consciente y responsable, el conocimiento de actores económicos diversos dentro del territorio, y espacios para compartir conocimientos y visiones que permitan analizar las coyunturas y desarrollar procesos básicos para la proyección y la organización de circuitos económicos solidarios, basados en valores y principios específicos comunes.

Además, la economía solidaria nos lleva a repensar y replantear el consumo. Las personas que vivimos en un sistema económico capitalista hemos sido estimuladas y socializadas para un tipo de consumo sin fin, fortalecido por la constante insatisfacción de las relaciones, del propio ser y de lo que se posee. Diversos actores de esta sociedad posicionan los modelos que nos generan esta insatisfacción, entre esos la publicidad o mercadotecnia nutrida por conocimientos psicológicos, y así hemos desarrollado una lógica de consumo que responde sobre todo a modas y a impulsos compulsivos vinculados a la búsqueda de autosatisfacción inmediata o al exhibicionismo, mientras que en el fondo hay sentimientos de vacío, tristeza, incertidumbre, inseguridad e insatisfacción.

En la ESS se fomenta un consumo consciente, reflexivo sobre nuestras necesidades reales, tanto materiales como sociales y culturales. Los espacios de construcción colectiva tanto en organizaciones productivas o de consumo, las prácticas autogestionarias y las relaciones de reciprocidad, solidaridad, amistad y cooperación que ahí se desarrollan, van respondiendo a parte importante de nuestras necesidades sociales y culturales y facilitan la deconstrucción de modelos de consumo impuestos y la construcción de relaciones diferentes con las otras personas y con la naturaleza.

De esta forma, los circuitos económicos solidarios pueden fortalecer la organización de flujos económicos, naturales y culturales para el bienestar de las personas, y no desde la lógica del capital. Es un reto importante porque la mayoría de encadenamientos productivos que tenemos en Costa Rica están insertos en el modo de producción capitalista.

A veces generamos intercambios de productos o servicios entre círculos sociales específicos, como la familia, amistades, familias vecinas o espacios de trabajo; nos motivan sentimientos de amor, reciprocidad, solidaridad y compañerismo y nos nace de forma muy “natural”. En algunos casos se llegan a institucionalizar relativamente, como cuando se organiza el juego del “amigo/amiga



secreto/secretas”. Pero para construir circuitos económicos solidarios sostenibles y fuertes en el tiempo, es importante analizar el papel que jugamos en la economía y las decisiones que podemos tomar, y posteriormente empezar a organizar flujos con actores con quienes se comparten valores y principios de la ESS y que puedan diversificar lo que se ofrece, para responder a las distintas necesidades. Junto a estas personas se van tejiendo redes basadas en relaciones socioeconómicas, culturales y políticas que permiten resolver necesidades individuales y colectivas, como también promueven un cambio de prácticas culturales económicas con implicaciones en el poder de decisión individual, colectivo y comunitario en los territorios.

Las injusticias en los sistemas comerciales se pueden encontrar a diversos niveles, pero más claramente cuando las distancias entre personas productoras y personas consumidoras son grandes, éstas no se conocen mutuamente y necesitan recurrir a la intermediación de estas relaciones. Esta necesidad les lleva a aceptar condiciones injustas con tal de colocar o acceder a los productos, como ha sido en el mercado internacional de alimentos, cuyos precios no dependen de los costos de producción sino más bien de la oferta o demanda en los mercados, según la clásica “ley de la oferta y la demanda” liberal. Frente a esa realidad, han surgido sistemas como los de “comercio justo”, que buscan transparentar todas las etapas de los

procesos productivos y permitir que el consumo sea una decisión consciente y solidaria, que garantice precios justos e impactos positivos para las personas productoras y consumidoras y para sus respectivos ecosistemas.

Una experiencia de comercio justo nacional que conocimos fue la de la asociación artesana indígena Chietón Morén, la cual reúne a personas productoras de las diferentes etnias indígenas existentes en Costa Rica con el propósito de visibilizar y valorizar las riquezas de las culturas indígenas ante una cultura occidental que en muchos casos niega su existencia, así como vender sin intermediación y con un precio justo establecido por las personas artesanas. La asociación tiene desde el 2010 una tienda y museo de artesanía en San José, donde venden productos indígenas sin costo de intermediación y también ofrecen charlas y capacitaciones sobre la cultura y tradiciones de los distintos pueblos indígenas. En cada territorio participante existe un grupo de personas que se encargan no solamente de enviar los productos a San José y recibir y distribuir los pagos, si no también de ir decidiendo de forma participativa sobre el funcionamiento de la tienda y museo.

La asociación de Chietón Morén ha generado un proyecto que comparten personas de territorios lejanos, con experiencias y visiones diversas, con poco contacto entre ellas y que al inicio tenían poca experiencia en la

comercialización directa, que se unieron para crear un espacio que se rija por sus valores y principios, que sea un “buen trato” y que beneficie a las personas participantes. Como toda organización, ha tenido obstáculos y retos importantes que han sabido asumir colectivamente, mostrando una gran capacidad de autogestión, articulando diversidad de recursos disponibles, siempre y cuando se mantengan como guías los principios de autonomía, respeto, solidaridad, equidad y comunidad que les inspiran.

La tienda y el museo son atendidos por una persona que la asociación remunera, con el apoyo de personas voluntarias vinculadas a organizaciones religiosas comprometidas, y con apoyo de trabajo comunal universitario de la Universidad de Costa Rica para mejoras en temas de gestión y comunicación. Para lograr tener un espacio más céntrico y funcional, la asociación está en proceso de ser propietaria del local que tiene desde finales del 2016 cerca del Museo Nacional, gracias a mecanismos de finanzas solidarias de personas “amigas” de la asociación y de un préstamo y patrocinio (temporal) de la Banca Social del Banco Popular y de Desarrollo Comunal. Esta experiencia concreta de financiamiento nos muestra también otras prácticas de economía social solidaria diferente a la de los intercambios y comercios justos y solidarios, que se entrelaza para ir construyendo otras dinámicas y redes de actores y relaciones económicas diferentes.

En los intercambios solidarios, al pensar en establecer un precio justo, como en el caso de Chietón Morén, hay que repensar el valor real de los productos, para construir relaciones económicas de intercambio que reconozcan el valor del trabajo, de las prácticas culturales, de su impacto en ecosistemas y sistemas sociales, de un mejor aprovechamiento de la energía, el conocimiento y lo que se extrae de la naturaleza, buscando darle mayor vida a los productos elaborados. Es un ejemplo de cómo se puede reconstruir en los colectivos o circuitos económicos el valor de uso y no solamente de intercambio de los productos o servicios, es decir valorando sus utilidades además de su precio de mercado, y comprendiendo que las capacidades y necesidades diferentes permiten llegar a acuerdos de mutua satisfacción.

El cuestionar prácticas económicas actuales también ha permitido retomar otras que se utilizaban mucho en el pasado y que recuperan las relaciones de reciprocidad en comunidades específicas, valorando los acuerdos de mutua satisfacción, la creatividad y la reutilización o uso eficiente de recursos. Ejemplos de esto son los sistemas de trueque, los bancos de tiempo y los nuevos circuitos que crean monedas comunitarias o sociales como facilitadores de intercambio.

El trueque clásico se practica entre dos personas que están interesadas cada una en lo que la otra ofrece, pero eso no sucede con mucha frecuencia. Para aumentar las posibilidades de satisfacción de necesidades, en diversos países y comunidades se han desarrollado mecanismos de trueque multireciproco, en los cuales un objeto o servicio puede ser intercambiado por otro del mismo valor o por varios que sumen un valor similar, y que no necesariamente son aportados al sistema por la misma persona que aprovecha el objeto o servicio original. Estos sistemas necesitan de un elemento que represente el valor de uso que se le da a los bienes y servicios que se intercambian, así fue como se crearon las monedas antiguas, como el cacao en Latinoamérica, y es el papel que cumplen los “facilitadores de intercambio” o monedas comunitarias.

Lo más sencillo es que, para facilitar la decisión sobre el valor que se va a reconocer a los objetos o servicios que se intercambian, los facilitadores representen el valor reconocido en el mercado convencional capitalista, como si fuera un “vale” por ejemplo: si tenemos un facilitador llamado “cacao”, se asume que cada cacao es equivalente a mil colones por ejemplo, y que un producto que en el mercado costaría tres mil colones puede intercambiarse en trueque multireciproco por el equivalente a tres cacaos. Eso facilita bastante los intercambios, pero no representa

el valor social, cultural y ambiental de los productos o servicios, por lo cual los colectivos o comunidades que construyen sistemas de intercambio basados en el trueque multireciproco con un facilitador, reflexionan mucho sobre los diversos casos y sobre los costos reales, y van construyendo propuestas de otros valores. Esto es todo un reto y un proceso de comprensión y de deconstrucción del sistema económico en el que estamos inmersos para ir generando otras prácticas diferentes, que satisfagan las necesidades y visiones de justicia de cada quien.

Para evitar vicios que se han tenido con las monedas actuales, como la acumulación y la especulación, se ha buscado que las monedas sociales mantengan su papel de facilitadoras y no tengan un valor por sí solas, por lo que algunas comunidades que las utilizan les dan validez por un tiempo delimitado, por ejemplo, 3 meses, y van perdiendo valor poco a poco o cuando se vence el plazo preestablecido por la comunidad. A esto se le llama oxidación de las monedas, permite juntar una cantidad limitada para poder acceder a ciertos bienes o servicios que tienen un valor mayor, pero no acumular durante mucho tiempo. Esta práctica tiene la limitante de que pueden existir bienes y servicios que no lleguen a entrar en los circuitos de intercambio por su alto valor, aunque la comunidad también puede decidir darles un valor distinto al del mercado capitalista. También será interesante ver

como monedas como Faircoin favorecen más el ahorro que el uso de ésta.

Cada comunidad puede ir construyendo el tipo de facilitador que mejor permita cubrir sus necesidades, con relación a sus valores y expectativas en los sistemas de intercambio. Estos son procesos vivos, cambiantes, que reconocen que tenemos puntos de vista, experiencias y apreciaciones diferentes, además de tener bien impregnada en nuestra cultura el individualismo, el miedo al otro, la búsqueda de beneficio propio sobre el colectivo, por lo que es un ejercicio de deconstrucción individual y colectiva complejo, pero al mismo tiempo interesante y constructivo. Hay que generar un cambio de mentalidad, de relación con las cosas, los alimentos y las otras personas.

Las comunidades que desarrollan monedas sociales, vales o facilitadores de intercambio, lo hacen generalmente para facilitar el flujo de productos y servicios que posiblemente no circularían en la economía por falta de dinero, o por falta de conocimiento de gente que los ofrezca de forma solidaria o para aumentar los lazos sociales en una comunidad. Este tipo de prácticas se han desarrollado fuertemente en momentos de crisis económicas o desempleo, en los que el acceso al dinero es limitado y se vuelve la mirada hacia los conocimientos, habilidades, experiencia y objetos que se pueden intercambiar con otras

personas en la misma situación. Estas experiencias han sido también impulsadas por gobiernos locales de territorios “deprimidos” económicamente, para acompañar procesos que permitan su dinamización, logrando que muchos de los recursos locales beneficien al mismo territorio en el cual se reconoce este tipo de facilitadores.

Otros sistemas de intercambios solidarios son los Bancos de Tiempo, en los cuales es justamente el tiempo el facilitador que permite dar el valor a los servicios que cada participante decide brindar a la comunidad, en los momentos y espacios



geográficos en que puede hacerlo. Generalmente se decide comunitariamente que una hora de vida de cualquiera de las personas participantes tienen el mismo valor, por lo cual se puede intercambiar una hora de consulta médica por una hora de jardinería, o de clases de matemática o de informática. Esto permite valorar el trabajo y los saberes humanos en general, sin hacer distinción por el origen de clase o a partir de si se tuvieron o no estudios académicos o técnicos.

A nivel ecológico, estos sistemas de trueques y mecanismos de intercambio permiten darle una vida más larga a las cosas que tenemos, ya que no se botan ni reciclan sino que, mientras estén en buen estado, pueden seguir siendo utilizadas por otras personas, y cada quien puede encontrar algo que necesita o le gusta sin tener que comprar cosas nuevas, que siempre necesitan sacar recursos de la naturaleza



para ser creadas. Al fomentar los intercambios de bienes y servicios diversos en territorios específicos, los circuitos económicos solidarios tienen además un menor impacto en las emisiones de CO₂ que ocurren se trasladan productos o sus piezas por todo el mundo, o por ejemplo cuando se utilizan químicos sintéticos para mantener los productos en buen estado durante viajes de varias semanas.

Los espacios de intercambio directo entre personas productoras y consumidoras en Costa Rica son pocos. Las Ferias del agricultor pueden funcionar así, aunque en muchas de ellas se encuentran también personas intermediarias. La Feria El Trueque, de la Asociación de Productores y Consumidores Orgánicos APROCO, es un ejemplo que se ha desarrollado por más de 15 años a partir de una alianza de personas productoras y consumidoras, y actualmente existe también una serie de ferias o mercados especializados en productos mayoritariamente artesanales, orgánicos o producidos con técnicas que buscan la sostenibilidad ambiental. En estos espacios de intercambios físicos, hay lugares y actividades dedicadas a la familia, encuentros, talleres, conversatorios o cursos cortos sobre temas diversos, porque se conciben también como espacios de convivencia, formación y de generación de alianzas.

Personas de organizaciones culturales vinculadas a la GuanaRed mantienen periódicamente mesas de trueque en sus peñas culturales en diversas comunidades, y en alianza con RedESS la GuanaRed está creando la plataforma merkadovivocr.com, un espacio de autogestión colectiva, aprendizajes diversos e intercambio solidario de bienes, servicios y saberes que busca anunciar espacios y eventos además de poner a disposición “tiendas” de organizaciones productoras, que cumplan con los criterios éticos de un mercado social y solidario. También existen grupos de Facebook para intercambios diversos, y se han dado algunas “gratiferias” a las que se lleva lo que ya no se utiliza y sin necesariamente recibir algo a cambio: cada quien va a dar, y a ver si encuentra o se enamora de algo.

Este tipo de sistemas resuelven necesidades concretas y estimulan el intercambio justo de bienes y servicios, pero además hacen posible generar y cultivar lazos de amistad y comensalía, estimular la creatividad colectiva, hacer nacer nuevos proyectos comunitarios e ir construyendo poco a poco realidades diferentes que expresan la soberanía de las comunidades. Son cambios culturales que enriquecen la vida social y nutren la esperanza de que otro mundo donde predomine la solidaridad, la equidad, el respeto y la justicia es posible, y ya está desarrollándose poco a poco.

3

Hacia la justicia ecológica y *un consumo consciente*

La economía solidaria se nutre y se fortalece desde la justicia ecológica, en la certeza de que entender y aprovechar la naturaleza con respeto y cariño es un requisito esencial para una economía sustentable que permita resolver las necesidades humanas en el presente y el futuro. Por eso se promueven relaciones de trabajo basadas en la cooperación y no en la explotación, junto a formas de producción que respetan la vida y hacen un uso consciente de los recursos. La coexistencia es imposible si seguimos generando impactos insostenibles en el ambiente para producir riqueza, por eso frente a la transnacionalización de las economías buscamos procesos de intercambio más que de competencia, que enriquezcan el comercio justo y local, fortalezcan las iniciativas comunitarias y disminuyan los impactos sociales y ecológicos que tienen la intermediación, el extractivismo y el transporte de bienes-productos a través de grandes distancias.



La justicia social y ambiental como filosofía permite la integración de todas las personas en los procesos económicos, desde aquí se demuestra que es posible diseñar y producir apostando por la sostenibilidad y el consumo responsable de los recursos, respetando el medio ambiente y utilizando el reciclaje creativo como una potente herramienta para el desarrollo de los proyectos económicos.

En las cadenas ecologistas locales se aprovechan las energías naturales como el sol, la lluvia, los ríos y vientos, la herbolaria con todos sus saberes de plantas medicinales que conservan la salud, y la riqueza de los suelos que permiten producir alimentos saludables sin necesidad de echarle químicos a las siembras. En la confección de artesanías se reutilizan los residuos para darles nuevas funcionalidades y extender su vida útil, además se rescatan los conocimientos y la cultura de la gente para imprimir un sello de identidad a los productos.

La naturaleza se aprovecha en la producción pero hay una consciencia del impacto que tenemos en ella, tanto al utilizar cualquier recurso, como al generar residuos, y por eso las prácticas

amigables y el cuidado del ambiente no se entienden como un costo de producción que hay que disminuir: un producto o un servicio que le pasa la factura a la naturaleza en realidad no es barato, a la larga sale demasiado caro para toda la humanidad.

Así, la economía solidaria se convierte en una solución frente a la crisis climática. Porque no hay duda de que estamos viviendo un caos en nuestra Casa Grande, causado por un sistema económico capitalista que ha utilizado su poder de dominación y manipulación para tratar de acumular capital sin responsabilidad, para intentar controlar al mismo tiempo la humanidad y a la naturaleza.

Las corporaciones petroleras, automotrices, hidroeléctricas y metalúrgicas, junto al monocultivo y el agronegocio extractivo que despojan a la gente de sus tierras, son los principales responsables de los desequilibrios y aumentos de temperatura que estamos padeciendo. Desde sus grupos de presión tratan de convencer a gobernantes y al público en general de que las regulaciones pondrían en peligro la economía global, y olvidan que los sectores gubernamentales y también las empresas privadas y la sociedad civil tenemos el deber y la responsabilidad de mitigar el impacto que generamos, y de introducir formas de adaptabilidad climática para contrarrestar la crisis y

producir resiliencia especialmente en las comunidades más afectadas.

Por ignorancia o de forma consciente hemos permitido el crecimiento de monocultivos que maltratan el suelo y a los trabajadores con agrotóxicos peligrosos, la pérdida de tierra en manos de familias campesinas que producían de forma diversa y garantizaban acceso a los alimentos, la privatización de las semillas y la imposición de transgénicos, el debilitamiento de saberes ancestrales, la contaminación del aire y el agua que necesitamos para vivir. Al destruir el ambiente la humanidad se está destruyendo a sí misma, debido al uso y abuso que hemos hecho de nuestra Madre Tierra y sus recursos naturales empezamos a ver catástrofes y problemas en todo el planeta.

Aunque América Central es una de las regiones que produce menos emisiones a nivel global, es también una de las que sufre más gravemente las consecuencias. Ahora encontramos cada vez más efectos de la crisis climática en nuestros países, por ejemplo en la forma de sequías y de lluvias severas que merman o arruinan las cosechas, cambios de clima que afectan el rendimiento sobre todo de sectores pesqueros y agropecuarios, tormentas tropicales recurrentes que se convierten en huracanes devastadores, pérdida de biodiversidad cuando las especies se ven

obligadas a desplazarse o se quedan sin ecosistemas donde vivir y conseguir comida, aumento de epidemias y enfermedades, desertificación y aumento de riesgos sanitarios...

Y las personas más afectadas son las que son parte de sectores vulnerabilizados, las que ya estaban excluidas y viviendo en situaciones de riesgo, por ejemplo, las comunidades costeras que ven salinizarse el agua potable o pierden sus territorios a causa del aumento en el nivel del mar provocado por el deshielo de los glaciares, también las mujeres que han trabajado la tierra con respeto y armonía y casi siempre tienen que encargarse de buscar la salud y seguridad de sus familias.

Frente a esta realidad, el “capitalismo verde” que tratan de vendernos es otra cara del mismo modelo de producción, una forma de mantener las ganancias monetarias de quienes han provocado la crisis y ahora tratan de “integrar la naturaleza en el mercado” para seguir lucrando con ella. Muchos gobiernos de derecha y de izquierda han caído en esa trampa, pero el maquillaje verde no alcanza a ocultar los impactos de un sistema capitalista que fomenta una producción irresponsable y un consumo desmedido. La agroecología es un ejemplo de cómo la economía solidaria funciona en una lógica diferente, que permite

atender el hambre sin generar daño al planeta, es una propuesta contrahegemónica desde un lugar biocéntrico, es decir, desde la comprensión de que las personas somos sólo una trama más en el complejo tejido de la vida. Ya sea en una finca campesina o en una pequeña huerta casera, la vivencia de la agroecología permite una mirada distinta que lleva a poner atención al impacto de todo lo que se hace, a analizar el entorno y percibir los desequilibrios, a encontrar formas creativas y liberadoras de resolver las necesidades desde el respeto a la Tierra y a la autonomía de las comunidades. Y al igual que otras formas de producción solidaria, la agroecología es en una herramienta educativa que genera consciencia sobre las formas de producir y de consumir.

El sembrar diferentes productos en un mismo terreno y sin utilizar agrovenenos enriquece las dinámicas agrícolas y permite la

soberanía alimentaria: mejora la calidad de vida porque hay alimentos e ingresos en cualquier tiempo, se protege el agua y la biodiversidad, los suelos están saludables y producen comida y plantas medicinales que no están contaminadas, se cuenta con semillas criollas y sanas, se valoran los saberes de las mujeres y la cultura campesina e indígena, el trabajo y cariño que se dedica a los cultivos es más importante que el dinero para invertir en insumos externos, y las familias productoras tienen más poder de decisión sobre sus recursos, su tiempo y su trabajo. Cuando la producción agroecológica se comparte con toda la sociedad en redes de intercambios solidarios, también apuntala la soberanía y la interdependencia de las comunidades.

La economía solidaria busca la justicia ecológica en la producción, y también en un consumo consciente y responsable que nos permita mostrar solidaridad con el ambiente al hacer un uso adecuado y



sustentable de los recursos, al ser parte del cambio desde las prácticas privadas e individuales. Cualquier persona puede ser parte de un circuito económico solidario, por ejemplo, al comprar y promocionar la calidad de productos orgánicos y agroecológicos de familias campesinas que los venden directamente en mercados locales, al compostear para devolver a la tierra los residuos orgánicos que se producen en el hogar o la comunidad, o al contratar la alimentación de una actividad a una organización local en vez de comprarla en una cadena transnacional.

Se encuentran otras posibilidades de hacer más sostenibles los hábitos de consumo en conductas tan sencillas como apagar las luces y desconectar los aparatos eléctricos cuando no se necesitan, ahorrar en el consumo de agua lavando mucha ropa de una sola vez o manteniendo el tubo cerrado mientras nos enjabonamos o nos cepillamos los dientes, reducir todo lo posible el uso de plástico y estereofón y utilizar bolsas de tela para las compras, rechazar las pajillas y removedores plásticos, preferir productos de limpieza ecoamigables, aprovechar al máximo los aparatos electrónicos sin cambiarlos por modelos más nuevos mientras aún funcionan, reutilizar todo lo posible y reciclar lo que no puede reutilizarse, clasificar y disponer adecuadamente los residuos, caminar o usar transporte público y no motorizado como la bicicleta...

Frente al consumismo inconsciente, tenemos la opción de racionalizar y reducir el consumo, comprar sólo lo que realmente necesitamos y preferir bienes que se hayan producido de formas sostenibles, que duren mucho tiempo y no se conviertan en basura contaminante.

La economía solidaria es una forma sustentable de vivir las relaciones económicas. Se sostiene en personas productoras y consumidoras conscientes del impacto de cada una de sus acciones, de que el fin de la economía es suplir las necesidades humanas por encima de acumular riqueza, y de que hay muchas formas de fomentar y practicar la responsabilidad frente a todas las formas de vida en la creación. Esta economía es viable, es sustentable ecológicamente y justa socialmente, la economía solidaria busca el buen vivir de todos los seres y aporta un sentido de relaciones más compatibles y armónicas con la Madre Tierra, que tal como nos enseñan las cosmovisiones indígenas merece y requiere ser cuidada para seguir sustentando la vida.

4

Economía feminista trabajos que re-producen *la vida*

La economía solidaria tiene el rostro y la voz de muchas mujeres que desde sus realidades levantan y sostienen los procesos. Como tenían menos acceso a las dinámicas formales y públicas de la economía, en muchos casos las mujeres fueron desarrollando en silencio otras formas de intercambios, fueron uniéndose para compartir vivencias y darle forma a sus sueños, para compartir lo que iban aprendiendo y para aprender en colectivo, para apoyarse y demandar sus derechos, para construir otras formas de producción y de poder que no se sostengan sobre la explotación o la subordinación de ninguna forma de vida. Son prácticas que han estado siempre presentes en las comunidades y la economía solidaria nos permite nombrarlas y valorarlas, reconociendo que en esta forma de economía las mujeres son mayoría, y son protagonistas por derecho propio.

La economía capitalista es una economía patriarcal, que subestima el trabajo de las mujeres y al mismo tiempo lo aprovecha para acumular ganancias: se sostiene sobre una división sexual y jerárquica del trabajo que requiere un uso desigual del tiempo, que nos hace pensar que las tareas de las mujeres son menos importantes que las de los hombres, y que no retribuye el valor ni reconoce lo indispensables que son los cuidados para la producción y reproducción de la vida. Esa desigualdad es básica para mantener la acumulación capitalista, y al comprenderlo podemos reconocer la importancia que tienen los trabajos de cuidado y reproducción en un circuito económico, podemos valorar lo indispensables que resultan para que cualquier economía siga funcionando.

El mundo y la economía se han planteado sobre todo desde la perspectiva de los hombres, y las mujeres aportan un lugar muy diferente para pensar las relaciones económicas, porque al estar en condiciones distintas a los hombres las viven diferente, además de que con frecuencia les ha tocado administrar recursos escasos para que toda la familia pueda salir adelante. A través de la historia se han recargado en las mujeres el velar por la alimentación y salud de quienes tienen cerca, el transmitir aprendizajes y sostener las relaciones socioafectivas, así como el cuidar a niñas y niños, personas mayores o enfermas y a toda la familia en general, incluso a quienes podrían más bien colaborar con esos cuidados pero todavía no los entienden como una corresponsabilidad compartida.

En la práctica eso se convierte en una forma de discriminación y exclusión. La enorme mayoría de la tierra y la riqueza en el mundo pertenece a varones, las mujeres siguen ganando menos por el mismo trabajo y encuentran casi siempre más obstáculos para empoderarse, asegurar derechos laborales, decidir sobre sus cuerpos, participar libremente en la toma de decisiones o desenvolverse en el mundo público. Y a pesar de que cada vez más las mujeres participan en organizaciones y espacios públicos, o tienen trabajos



asalariados fuera del hogar, muchas veces siguen teniendo que asumir las labores reproductivas al volver a casa.

Durante el curso conocimos la experiencia de las mujeres de la Asociación de Mujeres Agroindustriales de Grecia (ASOMAG) quienes producen y comercializan productos de cuidado e higiene personal elaborados con ingredientes naturales, sin agrotóxicos, rescatando y reproduciendo el conocimiento ancestral de muchas mujeres sobre medicina natural y cuidado de la vida. Esta experiencia enriqueció mucho nuestra comprensión sobre la Economía Social Solidaria desde diferentes aspectos.

El grupo de mujeres se articuló en sus inicios alrededor de capacitaciones en temas de género, visibilización de la violencia y procesos de empoderamiento. Paralelo a esto, empezaron a tener un proceso de acompañamiento para generar proyectos productivos para mujeres rurales. Estos procesos fueron facilitados por instituciones del Estado hace varias décadas. El grupo fue experimentando y generando diferentes iniciativas hasta decidir dedicarse a la producción de jabones, champús, acondicionadores, cremas, geles y esencias naturales, que producen a partir de plantas que ellas mismas siembran.

Estas mujeres expresan que vivieron momentos personales difíciles en los que el trabajo de autoestima anterior y el

acuerpamiento del grupo fueron muy importantes para seguir adelante juntas. Ya han pasado varias décadas, y al compartir anécdotas de su vida en común surgen risas de momentos de nervios o de equivocaciones, y ojos vidriosos con recuerdos de momentos difíciles en sus vidas familiares y colectivas. Hay ya un camino de crecimiento personal y compartido que se ha recorrido en conjunto, con mucha sororidad, con nuevos sueños y nuevos retos.

Con la experiencia de ASOMAG pudimos sentir la fuerza que se ha construido desde la historia compartida en asociatividad por parte de estas mujeres, las luchas personales y colectivas que debieron generar para salir adelante con sus proyectos, la importancia del cuidado mutuo y acompañamiento entre ellas. También fue importante visibilizar el papel que pueden jugar instituciones u ONGs en los procesos de asociatividad, así como para generar relaciones más equitativas en los territorios.

Estas mujeres son guardianas de saberes ancestrales que ponen a disposición de gente interesada en el auto y mutuo cuidado, respetando y permitiendo la reproducción de la vida en los ecosistemas con su actividad económica. Además, están resguardando saberes de los cuales el sistema capitalista busca apropiarse o desvalorizar para controlar cada vez más la salud, que en esa lógica es

vista como un nicho de mercado y no como un derecho de acceso libre, que se fortalece a partir del conocimiento y el trabajo de reproducción de la vida.

Para un desarrollo económico justo, las mujeres necesitan tener acceso equitativo a la tierra, a los recursos naturales, a la tecnología y a los servicios públicos. Además, hay que visibilizar y reconocer el valor económico, social y de subsistencia de su trabajo, contabilizando su aporte a las economías nacionales y teniéndolo en cuenta al diseñar y ejecutar políticas públicas, de forma que faciliten el reconocimiento y la redistribución de las tareas de cuidado así como de las posibilidades de desarrollo en lo público.

El trabajo que realizan las mujeres representaría un rubro económico muy importante para cualquier país si se contabilizara como empleo asalariado, o si se asumiera a través de servicios públicos o privados como guarderías, hogares de ancianos, servicios de limpieza y de alimentación. En el trabajo de las mujeres se sostiene toda una economía reproductiva, las relaciones elementales para la continuidad de la vida humana, y también en la producción de riqueza está siempre el tinte de la labor de las mujeres. El problema es esconder su importancia y su aporte a la economía, permitir que se siga invisibilizando como una recarga en su jornada, por eso la economía solidaria requiere reconocer y valorar el trabajo de las

mujeres y también reorganizar responsabilidades de formas más justas.

Porque el reto no es incorporar a las mujeres al mercado capitalista: hacerles formar parte de un sistema que no sirve solamente va a seguir perpetuando las desigualdades. El reto es comprender que no hay trabajos “de mujeres” y “de hombres”, que todo trabajo es igualmente valioso y que todas las personas tenemos la capacidad y el derecho de hacer lo que nos gusta y nos permite contribuir a la comunidad. No es fácil este cambio, probablemente lo primero que hay que hacer es reconocer que tenemos las estructuras machistas muy aprendidas y naturalizadas, y que debemos empezar a cambiar eso. Entonces podemos dar un paso más allá, sabiendo que para transformar la economía hay que transformar también las relaciones que la sostienen, el uso del tiempo, las responsabilidades y la valoración de los distintos aportes.

La economía feminista y el ecofeminismo nos permiten deconstruir esa idea de que tenemos derechos y responsabilidades distintas y crear una nueva base de derechos desde la solidaridad, valorizando la vivencia y el trabajo reproductivo, reconociendo el valor de la tierra y la naturaleza más allá de sus utilidades concretas, y cuestionando los roles rígidos y desiguales propios del capitalismo patriarcal. Nos permiten también rescatar

también la importancia del cuidado y de los afectos, saber que frente a un sistema que nos lleva a ignorar las emociones para tener más productividad se vuelve revolucionario movilizarse desde el amor y la solidaridad.

Este es un reto en la economía y también en nuestra vida cotidiana, en la familia y las organizaciones: no invisibilizar ni reproducir los roles de género y más bien estimular el protagonismo y autonomía de las mujeres, así como la capacidad de cuidado y afecto de los hombres. Con frecuencia todavía son las mujeres quienes realizan la mayor parte del trabajo logístico, construyen vínculos y alianzas, facilitan espacios para resolver algún conflicto y se preocupan por el bienestar emocional de sus compañeros y compañeras, pero siguen siendo los hombres quienes toman las decisiones o quienes asumen la representación política y la exposición pública.

Otra gran lección de las economías feministas, esencial en cualquier proceso de economía solidaria, es la importancia del autocuidado, el reconocer que somos vulnerables y que para lograr las metas y evitar la saturación tenemos que buscar nuestro propio bienestar, al igual que el de otras personas. Es importante generar conciencia y espacios de autocuidado así como acordar mecanismos de cuidado colectivo en los grupos, aprender a conocernos y a tener presente lo que nos pasa por el cuerpo, alimentarnos de forma saludable, caminar, hacer ejercicio, pasar tiempo con la familia y amistades, tratar de alejar las energías tóxicas y rodearse de personas enriquecedoras, construir espacios de reflexión y relajación. El autocuidado personal y colectivo es una de las herramientas más importantes para mejorar el diario vivir.

Por ejemplo, un circuito solidario muy presente en nuestras organizaciones es la dinámica del voluntariado, un bien que depende de la fuerza corporal, intelectual y afectiva de quienes conforman un grupo y creen en una causa común para la que aportan su tiempo y esfuerzo, y que genera al colectivo ganancias educativas, políticas y sociales, nuevas experiencias y saberes. A pesar de que buscamos la equidad, con frecuencia no reconocemos el valor económico y social del trabajo voluntario y más bien caemos en la búsqueda de la productividad y la eficiencia, “ponemos el pecho” por amor a una causa y el beneficio común, aunque eso implique explotar nuestras propias fuerzas, y eso es algo que también debemos modificar.

La economía solidaria es necesariamente feminista, y procura siempre visibilizar todos los aportes que la sostienen a partir de su diversidad y su valor. Al producir y reproducir los bienes y servicios que necesitamos, intentamos distribuir bien las labores y responsabilidades según las capacidades y posibilidades de las personas e independientemente de su sexo, para que nadie sienta un recargo y todo fluya mejor. Sabemos que en los espacios productivos se comparte la vida, y todas las personas merecemos un buen vivir.

5

En-redarse para *moverse en colectivo*

*Sin discusión, la economía solidaria no puede
concebirse ni practicarse en solitario.*

Somos seres sociales, estamos siempre en relación con otras personas. Hay muchísimas formas de expresarse, de entender el mundo y la economía, que no tiene una única manera de acontecer: es la gente la que le da forma.

Probablemente es más fácil actuar cada quién por su cuenta, sin tener que explicarse ni acordar nada con nadie más. La gestión de una organización asociativa es mucho más compleja que la de una organización productiva capitalista, ya que para construir la autogestión se requiere de espacios de diálogo, compartir conocimientos, información y los avances de los procesos. Hay que reflexionar colectivamente ante situaciones específicas, construir conocimiento y decisiones de forma colectiva, desarrollar acuerdos para el manejo saludable de las emociones y los posibles conflictos... ¡Y todo eso requiere de tiempo, que es uno de los “bienes” más escasos en el sistema capitalista! Por eso, mantener las prácticas de la economía solidaria desde la asociatividad productiva, y al mismo tiempo mantenerse en relación con el resto del sistema, es mucho más complejo que responder a las demandas

y valoraciones de rentabilidad de los mercados de acuerdo con los tiempos del sistema capitalista.

Además, cuando un grupo crece llegan nuevas ideas y dinámicas, a veces se ponen en duda otras que se daban por ciertas, y el sistema capitalista neoliberal en el que vivimos trata de hacernos creer que las cosas están establecidas y no deberían modificarse, que la incertidumbre y el error son peligrosos y que es mejor hay que alejarse de ellos, siguiendo los modelos ya pre establecidos por ese sistema. Sin embargo, las prácticas humanas son fluidas y vivas, están siempre cambiando, y cuando reconocemos el movimiento nos damos cuenta de que cualquier actividad se puede transformar hacia prácticas más solidarias y compartidas.

Los principios y valores de la economía solidaria son una raíz que sostiene esta forma de hacer y de compartir lo que hacemos, pero pueden desarrollarse de maneras muy diversas y creativas, según la realidad y las decisiones de las personas que los construyen y los mantienen vivos. La gente debería ser siempre el centro y el objetivo de cualquier proceso económico, y sus necesidades más importantes que las demandas del mercado. Es necesario cuidar los espacios y los procesos de los que se forma parte, y eso incluye cuidar a la gente que los mantiene vivos con sus acciones cotidianas. En una sociedad en la

que existen pocos espacios para encontrarse y compartir, los colectivos de economía solidaria se convierten incluso en un refugio para momentos difíciles: en la solidaridad se encuentran aspiraciones, afectos y esperanzas que fortalecen el corazón y el espíritu.

La economía solidaria es protagonizada por personas de carne y hueso que se niegan a dejarse llevar por el individualismo, que deciden poner sus capacidades en común para aprender y co-operar. Tenemos historias y visiones distintas, en nuestras organizaciones y comunidades convivimos con gente que tiene una variedad de saberes y capacidades aún más amplia, y al trabajar de forma asociativa nos enriquecemos con experiencias maravillosas y hacemos posible que otras personas lo hagan también.

Además, la colectividad hace crecer y mejorar los proyectos, los circuitos económicos solidarios son más fuertes cuando se sostienen desde los aportes de mucha gente y cuando articulan actividades económicas diversas, que se complementan en vez de competir entre sí. Incluso un pequeño grupo de personas puede impulsar un proyecto de forma autogestionaria, apoyándose y complementándose con redes y circuitos económicos más amplios, donde se suman fuerzas con otros grupos que comparten principios y objetivos similares. Es estratégico

entonces formar y fortalecer redes que generen una fuerza organizativa de cooperación mutua hacia el buen vivir y el bienestar de la mano con otros grupos, comunidades y movimientos sociales.

Así, la diversidad se convierte en una riqueza enorme para la economía solidaria. Tenemos mejores resultados

al ser parte de esfuerzos comunitarios que empujan en la misma dirección, que sostienen los procesos a partir de la sabiduría y el esfuerzo compartidos.

Esta no es una apuesta ingenua, claramente no es sencillo trascender el individualismo o el aislamiento y generar comunidad. En la economía solidaria es tan importante



lo que se hace como la forma en que se hace, y por eso es necesario hacer un cambio de mentalidad para dejar de pensar sólo en los propios intereses y pensar también en los demás, para valorar la solidaridad sobre la competencia, para des-aprender ideas que dábamos por ciertas.

Pero además hay que experimentar, ensayar el trabajo colaborativo: aprender a organizarse, a apoyarse cuando es necesario, a abordar los problemas con profundidad y transparencia para llegar a acuerdos colectivos, a manejar las diferencias y cohesionar a partir de las semejanzas, a tomar decisiones realmente compartidas y democráticas, a construir vínculos horizontales, a distribuir las responsabilidades sin recargar a nadie... Esto lo pudimos ver con la participación en Comités Patrióticos, cuando se discutió el TLC con Estados Unidos, fue una valiosa experiencia de construcción de la cultura democratizadora que necesitamos.

Se trata de conocer, reconocer y potenciar las habilidades de cada persona al distribuir roles y responsabilidades de acuerdo con sus posibilidades, visibilizando todos los aportes al proyecto común desde una valoración humana y un enfoque de derechos. La autogestión solidaria no significa pasar de empleados a jefaturas, más bien implica orientar y desarrollar colectivamente un proceso que se comparte en equidad.

Entonces, lo “social” y lo colectivo de esta economía no se refiere solamente a que hay grupos de personas involucradas, va mucho más allá del asistencialismo por el cual una empresa pueda compartir sus ganancias apoyando proyectos comunales. Aquí no se acumula para después devolver: se genera y distribuye riqueza desde el principio, al poner en común y aprovechar lo que cada quién puede aportar, al buscar que las actividades económicas no tengan impactos negativos si no que, al contrario, generen un empoderamiento y un beneficio para la comunidad y el colectivo.

Por eso el trabajo de la economía solidaria tiene que ser en equipo, en coordinación, unidad y solidaridad. Ese es el arte de construir en la diversidad.

La economía solidaria nos hace conscientes de que la mejor manera de vivir y convivir es trabajando en conjunto, de que esa es una ventaja frente a la lógica de competencia que tratan de imponernos, de que el planeta necesita que nos movamos de formas mucho más articuladas. Así nos damos cuenta de que no estamos solos o solas, somos parte de un tejido y ese vínculo nos permite sumar energías por el bienestar propio y por el bienestar común, desde nuestras diferencias y diversidades.

6

Cultura, diálogo de *haceres y saberes*

Frecuentemente pensamos que la cultura se refiere, sobre todo, las expresiones artísticas. Generalmente los presupuestos estatales para el fomento de la cultura se utilizan para apoyar iniciativas de las “bellas artes” clásicas, y un poco más recientemente también algunas expresiones de arte popular o folclore que son aceptadas por la élite en el poder del Estado, aunque siguen quedando por fuera muchas expresiones artísticas de las comunidades o contestarias del poder. Pero en realidad, en la cultura viva comunitaria además de artistas confluyen gestoras y gestores culturales, además de otras expresiones culturales específicas como la agroecología y la economía solidaria.

Porque las prácticas socioeconómicas y políticas de una comunidad o un país también son parte de la cultura, y le van dando forma a nuestra vida sin que necesariamente nos demos cuenta de que eso ocurre, o sin que tengamos participación en la dirección que toman. En la actualidad, la cultura económica mayoritaria está basada en aprovecharse de las otras personas, competir, tener miedo de que se quieran aprovechar de nuestro esfuerzo, explotar la naturaleza y tratar de sentirnos superiores.

Cada vez somos más dependientes de pocas personas o empresas que controlan cadenas de producción y distribución de alimentos, de la información, del conocimiento, de las tecnologías, del arte y de otras expresiones culturales. Y muchas manifestaciones de convivencia y cultura más tradicionales se han ido debilitando al cambiar las formas de producción que modifican la cotidianidad, como ocurre por ejemplo en zonas que eran agrícolas y ahora se han convertido en cantones “dormitorio” donde mucha gente pasa la mayor parte del día trabajando fuera de la comunidad y solamente llega a su casa a dormir, o en regiones como Pococí donde muchas mujeres se dedicaban a la artesanía y con la expansión del monocultivo de la piña ahora solamente pueden trabajar en las plantaciones, y no tienen tiempo para disfrutar de espacios culturales y de convivencia comunal.

La cultura hegemónica capitalista y patriarcal se mantiene porque la damos por sentada, porque incluso sin darnos cuenta asumimos que es así como debemos relacionarnos, y porque las instituciones siguen reproduciendo los valores y prácticas que nutren ese sistema, especialmente el consumismo, la desinformación y la desmovilización. Las empresas que controlan los medios de información y comunicación masiva juegan un papel importante para mantener esa forma de control cultural,

por eso es importante asumir activamente la difusión de los valores y prácticas de la economía solidaria, ojalá aprovechando estratégicamente las tecnologías, las redes sociales y los medios de comunicación que se encuentran en nuestras comunidades, como una fuerza moral autónoma que pueda llegar de forma directa a las poblaciones y visibilizar que existen otras formas de convivir y satisfacer las diversas necesidades.

Desde la economía solidaria se busca desarrollar la cultura del compartir, cuidar, cooperar, co-construir, colaborar, dialogar para construir conjuntamente, y además revalorizar el trabajo no sólo como una forma de tener ingresos justos, si no como medio de realización personal y de aporte y reconocimiento de la sociedad. También se busca que como personas consumidoras podamos tomar consciencia de la cultura económica capitalista y reducir el consumismo, a la par de informarnos más sobre cómo se produce nuestra comida y todos los otros productos que necesitamos, incluyendo los costos que tienen para las personas y el ambiente.

Simpatizamos con prácticas culturales que tratamos conscientemente de ampliar y articular, que incluyen el cuidado, el fomento e intercambio libre de las semillas, el compartir y reproducir conocimientos con libertad, la difusión de la medicina ancestral o el uso del software

libre. Frente a un sistema que cada vez más busca apropiarse y desapropiarnos de conocimientos, saberes y tecnología, y privatizar o mercantilizar toda la naturaleza y los “bienes comunes” de los cuales dependemos para nuestra vida, somos a la vez movimientos de resistencia y de propuesta en defensa y celebración de la vida.

Hay un eje estratégico en este cambio cultural, que se relaciona con las tecnologías. Éstas facilitan históricamente el trabajo humano, y más recientemente con el internet también permiten nuevas formas de construcción y difusión de la información y el conocimiento, además de que multiplican las posibilidades de comunicación y trabajo a distancia. Aunque nuestra sociedad cada vez depende más de la tecnología, al mismo tiempo cada vez nos sentimos más lejos de cómo esa tecnología se construye y se maneja, y eso nos vuelve dependientes de las pocas empresas que controlan tecnologías informáticas necesarias para que funcione una computadora, un cajero automático o un sistema de información pública.

Los movimientos del Software Libre, que reúnen esfuerzos colaborativos desde muchas partes del mundo, enseñan que es un mito que aprender a usar, desarrollar y adaptar tecnología sea algo complicado o que solo unas pocas personas con capacidades especiales puedan hacerlo. Requiere algo de tiempo, pero cualquier persona

puede tomar el control de la tecnología que consume en su vida, y además entre más diverso sea el grupo que participa en el desarrollo de un proyecto tecnológico, este va a ser más sostenible. Por esto, promovemos la autodeterminación tecnológica: que la gente participe en el diseño, la implementación y las pruebas de las tecnologías de las que va a depender su vida. Así no vamos a estar consumiendo pasivamente productos extranjeros que no se adaptan a nuestras necesidades, son caros, generan relaciones de dependencia y concentran poder, anulan la capacidad creativa y colaborativa de las personas, y que además de todo eso quedan obsoletos muy pronto. Al contrario, vamos a desarrollar y compartir nuevas tecnologías que permitan la co-creación, que sean libres, abiertas, inclusivas, nuestras, que apoyen una nueva sociedad en la que todas las personas puedan participar y colaborar.

Para la economía solidaria es importante utilizar y generar tecnologías libres, la autodeterminación tecnológica y el aprendizaje sobre conocimiento y cultura compartidos nos ayuda todos los días, en el trabajo y en la recreación, así logramos hacer espacio en la sociedad para alternativas más justas y sostenibles. Al igual que con el compartir semillas o conocimientos, en lo referente a la tecnología no tiene mucho sentido competir. En lo digital hay espacio para toda la gente, y entre más per-

sonas colaboran compartiendo conocimientos y trabajo co-creativo más se avanza respondiendo a necesidades o gustos específicos, se generan nuevas ideas, nuevos proyectos y conocimientos. La alternativa de privatizar conocimientos, explotar usuarios y acumular capital tiene un límite, no es sostenible y mucho menos, es eficiente.

Existen varios proyectos que pueden ser de utilidad en los procesos de cambio y revolución que impulsa la economía solidaria, por ejemplo, las “faircoin” son un tipo de moneda social o comunitaria que facilita los intercambios solidarios aprovechando la internet, y que funciona de acuerdo con las reglas acordadas por las personas que las utilizan. También está por ejemplo la wikipedia (<https://es.wikipedia.org>), que permite compartir conocimiento editado de forma colaborativa, que se va ampliando y mejorando en conjunto y nos permite ir más allá de simplemente consumir información. Otros proyectos como OpenStreetMap y Mapillary (<https://www.mapillary.com>) facilitan apropiarnos del espacio y visibilizar en mapas accesibles lugares e iniciativas comunales importantes.

Para que funcionen las computadoras existen también sistemas operativos libres, como Ubuntu, que son mejorados continuamente por el aporte de muchas personas e incluyen una gran variedad de herra-

mientas tecnológicas con distintas utilidades. Otro proyecto interesante para compartir la cultura y el conocimiento es el archivo de internet (<https://archive.org>), una biblioteca de textos, videos y fotos gratuita e ilimitada, que permite preservar la información y mantenerla al alcance de todo el mundo, sin regalarla a las corporaciones dueñas de sitios como youtube, facebook o instagram.

El crear y compartir cultura, conocimientos y tecnologías de forma colaborativa es también una forma de tomar consciencia de las diferentes prácticas cotidianas que nos hacen mantener relaciones de poder, de explotación, de pasividad, de lejanía o miedo hacia las otras personas... Y al mismo tiempo es una forma de cambiar esas prácticas para seguir construyendo creativamente culturas más solidarias y amorosas, que nos permitan tener impactos regenerativos de la vida, el conocimiento y el bienestar.



7

Una educación que *parte de la gente*

Nos educaron en el marco de una sociedad capitalista y patriarcal, en la que instituciones como la familia y la escuela reproducen valores, principios y prácticas que permiten mantener el sistema. Y a partir de esa educación, muchas veces asumimos como ciertos los principios del capitalismo, y como inmutables un montón de prácticas que hacen que la sociedad no funcione de forma equitativa, justa y sostenible.

El mismo sistema educativo formal muchas veces está saturado de requisitos de información que son difíciles de abordar de forma más experimental, participativa o lúdica. Los equipos de docentes no tienen mucho margen para innovar en temas o metodologías, y si lo hacen es asumiendo recargos que no son valorados institucional ni profesionalmente. Aunque algunas modalidades como la educación cooperativa permiten dedicar tiempo lectivo a proyectos productivos, ella no es accesible en la mayoría de centros educativos.

La educación formal en las escuelas, colegios y universidades ha sido generalmente una educación “bancaria”, unidireccional, que parte de que una persona tiene el conocimiento y se lo traslada o deposita a otras personas que no lo tienen, sin valorar los saberes que sí poseen ni otras formas de conocimiento y cultura distintos a los oficiales. Además, buena parte de la educación se ha enfocado en que las personas puedan acceder al mercado del trabajo como asalariadas, no en una educación para el Buen Vivir en comunidad y la autorrealización a partir de los proyectos personales y el trabajo articulado con otras personas. También hemos dejado de lado saberes manuales y agroproductivos importantes, por seguir esa misma lógica de la modernidad y el trabajo asalariado. La economía solidaria reconoce y revaloriza esos saberes y prácticas que han quedado de lado, valores de comunidad y enfoques sustentables de convivencia que son vitales para responder mejor a nuestras necesidades y metas comunes de formas autogestionarias.

La educación popular es estratégica para la economía solidaria porque permite ir descolonizando el pensamiento y construyendo nuevas realidades de forma individual y colectiva, accediendo a nuevos conocimientos y generando consciencia de las relaciones a partir de la experiencia y el saber de cada persona, y a partir de la reflexión crítica y colectiva.

Una experiencia muy enriquecedora fue participar en la Feria de Saberes del “Encuentro Mesoamericano de Comunicación, Cultura y Educación Popular”, en el que participaron más de 200 personas y casi 150 experiencias distintas, la mayoría de Costa Rica pero también de México, Bolivia, Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Panamá. En la Feria de Saberes coordinamos un mini taller sobre economía social solidaria y los proyectos de investigación-acción desarrollados en el marco del curso, y tuvimos la oportunidad participar en minitalleres y en actividades como exposiciones, proyecciones de vídeos, dinámicas y presentaciones artísticas. Además la Feria contaba con 36 puestos sobre experiencias muy diversas de comunicación, cultura y educación popular, en los que fue posible apreciar la creatividad y variedad de iniciativas y además conocer a las personas que las llevan a cabo. Esto fue muy importante, porque la educación no significa solamente aprender información teórica o práctica, se generan aprendizajes y capacidades de aprendizajes haciendo, y con emociones o sueños que nos motivan. La economía solidaria se puede explicar teóricamente, pero sentir lo que genera la confianza en las otras personas, el trabajo colectivo, la emoción de compartir sueños, el buen trato y mutuo cuidado, la seguridad y la fuerza que eso genera, no se aprende frente a una pizarra... Se va aprendiendo al sentir miradas y sonrisas que se cruzan, al trabajar conjuntamente con amor. El conocer de la voz propia de

las personas la forma en que han realizado sus proyectos, las dificultades que han enfrentado, las decisiones que tomaron basadas en ciertos valores específicos, el poder preguntarles y sentirles es mucho más enriquecedor que lo que se pueda encontrar en libros teóricos, sin menospreciar la creación de teorías o conocimientos

que expliquen, sistematicen y ordenen el conocimiento que se va creando alrededor de la ESS. Es un tipo de aprendizaje que surge desde abajo, al ir formando redes y compartiendo conocimientos, relacionándose con personas con contextos y situaciones distintas a los de cada quién.



Los procesos de educación y comunicación popular, y la construcción de nuevos conocimientos compartidos, son imprescindibles para generar los cambios que deseamos y necesitamos. Por eso la educación popular es una de las herramientas principales de trabajo en nuestras comunidades, asumimos que todas y todos estamos en procesos de aprendizaje y que cada quien trae consigo conocimientos que puede compartir con las otras personas, son procesos de reciprocidad y de mutua valoración, porque desde las otras miradas es posible enriquecer la forma en que se comprende la vida, y así se van construyendo aprendizajes a partir de compartir procesos, historias, visiones y dinámicas de trabajo y convivencia.

Con la educación popular buscamos aprender, compartir y crear conocimiento a partir de relaciones horizontales y con la intencionalidad de poder llevar los cambios que necesitamos en nuestras vidas y en el conjunto de la vida económica, social, política y cultural. Además de la información oral o escrita convencional, incluimos en este tipo de educación la expresión artística como modo para compartir ideas y emociones, y unirnos en esa otra esfera del sentimiento. También aprendemos al investigar, al tratar de cambiar la realidad, y en todas las experiencias de lucha social, cultural, política y ambiental.

También es muy importante que la educación tenga un enfoque de derechos, para trascender la mirada adultocéntrica, paternalista-maternalista y asistencialista. Entonces hay que fomentar la escucha, el diálogo, el análisis del entorno y los contextos, la expresión sana de sentimientos, el experimentar, compartir, co-crear y aprender a reconocer nuestras cualidades, además de valorar y potencializar las diversidades. En estos

procesos también se construyen lazos interpersonales y resonancias, nos nutrimos mutuamente y creamos complicidades para seguir buscando nuevas formas de ser y de hacer, al mismo tiempo que resolvemos las necesidades de la vida cotidiana.

Los procesos de formación son vitales para el fortalecimiento y visibilización de las organizaciones y experiencias de economía solidaria, para mantener su dinamismo la actualización de conocimientos, el diálogo con otras experiencias similares, y la incidencia en las comunidades donde se desarrollan.

En esa lógica, cualquier espacio de formación es una experiencia de aprendizaje para todas las personas participantes, docentes y estudiantes, y puede ser también parte de ciclos más amplios de educación y sensibilización. Al poner en común saberes, proyectos y experiencias relacionadas con la economía solidaria, se generan procesos de aprendizaje que también resuenan en las organizaciones y movimientos sociales de los que formamos parte en la vida personal y en las relaciones que establecemos. Es necesario compartir y generar conocimientos sobre la economía solidaria en todos los espacios, tanto en procesos informales y en cursos cortos como en las escuelas, colegios y universidades, para abonar bien la tierra y que germinen muchas semillas que sepan aprovechar esa territa solidaria de transformación.

8

Movilizar *la transformación* **de la realidad**

En la tecnología, “jaquear” un sistema es cambiar la manera en que funciona una vez que se entienden sus reglas. Al entender las reglas del capitalismo y las de la economía solidaria, podemos jaquear la sociedad para que funcione distinto, ¡y eso es muy necesario! Porque apostar por la economía solidaria no significa solamente practicarla en el entorno más cercano, o hacer alianzas con quienes piensan igual: también hace falta incidir, cambiar las cosas, “zarandear” las costumbres y movilizar energías para que esa apuesta sea cada vez más compartida, y para que las experiencias de economía solidaria tengan mejores condiciones para desarrollarse. Con un poquito de humildad y un poquito de locura, podemos ser “jaquers” de la sociedad desde todos los espacios en los que estamos, con nuestras acciones en el día a día podemos poner a andar cambios enormes.

Vamos transformando cuando funcionamos a partir de los principios y valores de la economía solidaria ya sea para articularnos en distintas formas de organización o para resolver las diferencias y conflictos que pueden surgir ahí, cuando nos apoyamos mutuamente relacionándonos desde la solidaridad y no desde la competencia, cuando entendemos que nos complementamos para crecer, cuando compartimos con otras personas esta visión y vamos generando una nueva cultura y una nueva economía centrada en las personas. Las alianzas productivas a partir de la cooperación, los espacios de co-creación y las redes en las que sumamos fuerzas y nos acompañamos, la flexibilidad para revisar y adaptar nuestras prácticas, el consumo consciente y la valorización de lo propio, la responsabilidad personal y comunitaria sobre nuestras acciones... son todas estrategias que van sembrando en la vida cotidiana la semillita de la economía solidaria y de todo lo que representa.

Tal como reflexionamos antes, la comunicación y la educación popular son caminos estratégicos en esta transformación: cuando la economía solidaria se va convirtiendo en una corriente de opinión, cada vez más personas tienen la oportunidad de participar en este proceso de cambio social para vivir con plenitud. También se incide al impulsar iniciativas económicas basadas en la cooperación, y para eso hay que empezar por reconocer que no siempre sabemos cómo hacerlo o por dónde empezar. Sin embargo, cuando una idea se construye de forma participativa, reflexionando sobre la experiencia y aceptando la posibilidad de que se transforme en el camino al alimentarse con los aportes de otras personas, va tomando forma esa economía sustentable que promueve el buen vivir y la justicia para la gente y sus comunidades. El Banco Popular, por ejemplo, fue creado como una institución para el



beneficio de las personas trabajadoras, pero el contexto capitalista en el que se ha desarrollado ha desvirtuado en buena parte su razón de ser. Si las personas que trabajan en esa institución van cambiando su cultura, se apropian de la lógica de la economía social solidaria, y buscan cambiar los marcos regulatorios que se le han impuesto desde afuera al banco, podríamos contar con un banco que dirija sus finanzas y su oferta de crédito desde un compromiso mucho más claro con el desarrollo comunal y la economía social solidaria.

Y ese cambio también debe reflejarse en las políticas públicas, desde las más inmediatas como las decisiones que toma un gobierno local, hasta las más globales y que influyen en la dirección que toma el mundo y cada gobierno. Esas políticas públicas son el marco en el cual la economía solidaria encuentra apoyos o bien obstáculos para extenderse, por ejemplo, el apoyo de instituciones como el INDER, el INAMU o el Programa de Agricultura Orgánica del MAG ha sido vital para que muchas iniciativas de economía solidaria puedan consolidarse. Por eso este movimiento



social trabaja incansablemente en una incidencia política que permita cambiar estructuralmente el sistema.

El reconocimiento internacional de la economía solidaria ha significado un respaldo muy importante, y desde la articulación en redes globales se suman esfuerzos para resistir al “libre comercio”, para canalizar recursos internacionales y para que ese reconocimiento a los intercambios económicos basados en la solidaridad sea cada vez más extendido.

También es vital enfocarse cambios pequeños pero contundentes que vayan mejorando las regulaciones locales y nacionales, como nos enseña por ejemplo la Red de Economía Social Solidaria (REDESS) de Costa Rica con su lucha por mejorar la Ley de Asociaciones 218 con el fin de que las iniciativas solidarias tengan un marco más actualizado para organizarse legalmente, o como muestra la Cooperativa de Vivienda y Ayuda Mutua COOVIFUDAM RL al impulsar una ley de vivienda cooperativa y bono colectivo de vivienda que fortalezca las colaboración en

las comunidades en vez de enriquecer a las empresas desarrolladoras inmobiliarias.

Necesitamos asimismo que las instituciones funcionen de manera participativa y transparente, y que también sea esa su forma de tomar decisiones. Muchas organizaciones de economía solidaria participaron en la creación de la Política Nacional de Derechos Culturales, que ahora recoge en su segundo eje estratégico la economía social solidaria y otras formas creativas de economía, como el arte y la gestión cultural.

Con esta Política Nacional como base, ahora trabajamos también por la creación y articulación de políticas municipales que dinamicen la cultura y la economía locales, porque una municipalidad tiene muchísimas posibilidades para apoyar las iniciativas económicas que surgen en sus territorios y además para reunir y orientar estratégicamente el manejo de recursos nacionales e internacionales hacia el fomento del desarrollo comunitario local. Y si las políticas públicas además se construyen y monitorean con participación de la sociedad, entonces la gente las conoce y se las apropia, y tiene mucho mejores herramientas para demandar que se cumplan.

Para que un pequeño grupo de personas trabajando contra las presiones del capital puedan tener éxito, tienen que

empezar por cambiar sus propias prácticas y también por cambiar cómo funcionan las comunidades de las que son parte. La sostenibilidad de cualquier colectivo y proyecto depende de la sostenibilidad de las comunidades que lo conforman: hay pequeñas islas de producción y consumo responsable, de principios y valores compartidos, y esas islas van creciendo poco a poco, se interconectan y llegan a tener un impacto enorme, no sólo porque muestran todo lo que es posible si no también porque al formar redes nos damos cuenta de que las “otras” luchas no son tan “otras” en realidad.

Así, construir economía solidaria es también estar al lado de movimientos sociales que promueven la agroecología y la soberanía alimentaria, la justicia ecológica, los derechos laborales, el conocimiento y la tecnología como bienes necesariamente compartidos, la autonomía y respeto a los pueblos originarios, la libertad de las mujeres y de las personas sexualmente diversas para decidir sobre sus cuerpos y vivir sin violencia, la igualdad y la justicia para todas las personas. Tras la defensa del agua y la tierra, la resistencia ante los transgénicos y los agrotóxicos, la lucha contra la expansión piñera o la defensa de una institucionalidad pública eficiente que esté en función de la gente, hay un cuestionamiento al modelo de desarrollo que es muy cercano al que se hace desde la economía solidaria.

Urge hacer un alto en la dirección que llevan las sociedades latinoamericanas y nuestro propio país: hay que transformar significativamente las formas de vivir que hacen daño al planeta y a millones de personas, y podemos ser parte de esa transformación en nuestra vida cotidiana, a través de los proyectos que impulsamos y de las luchas que hacemos propias, y también incidiendo en el Estado y las políticas públicas.

Los espacios de formación son esenciales en el cambio que buscamos, nos permiten desaprender algunas certezas que asumíamos y abrir espacio para otros saberes y posibilidades. El curso de formación que dio origen a este documento hizo posible entender la economía de otra forma, aprendiendo de las experiencias propias y de las que se fueron poniendo en común en el proceso. Sin duda la formación es un elemento clave y articulador para los movimientos sociales, una clave de empoderamiento, encuentro y problematización que permite re-crear espacios y replantear las lógicas dominantes.

Tenemos el desafío de construir dinámicas económicas, sociales, ambientales y políticas mucho más justas y solidarias. Es un cambio revolucionario que se va construyendo poco a poco, al ir cambiando la economía a la par de la cultura, de las formas de relacionamiento y

saber, y también cambiando las leyes y formas de manejar las decisiones que nos afectan como humanidad, entrelazando las raíces de la economía solidaria con las de otros movimientos sociales que complementan y enriquecen propuestas de convivencia humana y ecológica. Democratizar la economía es también democratizar el poder, jaquear el mundo y volverlo más justo para todas las formas de vida.

